

Biografías para
niñas y niños

Estate, Juana



LUIS AGUILAR

Estate, Juana



LUIS AGUILAR

Biografías para
niñas y niños

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General

Estate, Juana



LUIS AGUILAR

MÉXICO 2020

Ediciones en formato electrónico:

Primera edición, INEHRM, 2020.

D. R. © Luis Aguilar Martínez

D. R. © Rodrigo Oscar Rivera Meneses, ilustración de portada.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos

de las Revoluciones de México (INEHRM),

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,

Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

www.inehrm.gob.mx

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-142-4

HECHO EN MÉXICO.

-Estate quieta, Juana.

Estoy segura de que esa fue la frase que más escuché desde mi infancia. Todos dijeron siempre que era yo muy inquieta. Y en la época que me tocó vivir, peor si eras mujer. Nací en Nepantla, cerquitita de los volcanes del Estado de México, el 12 de noviembre de 1648, cuando la luz eléctrica ni en sueños existía.

Pero aun en la oscuridad he visto siempre al mundo como un enorme salón de clases donde todo se puede aprender, donde todo es una lección. En el monte, en la casa, en la cocina, en cada sitio hay algo de conocimiento esperando a que unos ojos, impacientes como los míos, lo miren y lo vuelvan ideas, palabras.

Por eso fui tan inquieta, porque me gustaba siempre andar por todos lados para ver qué de nue-

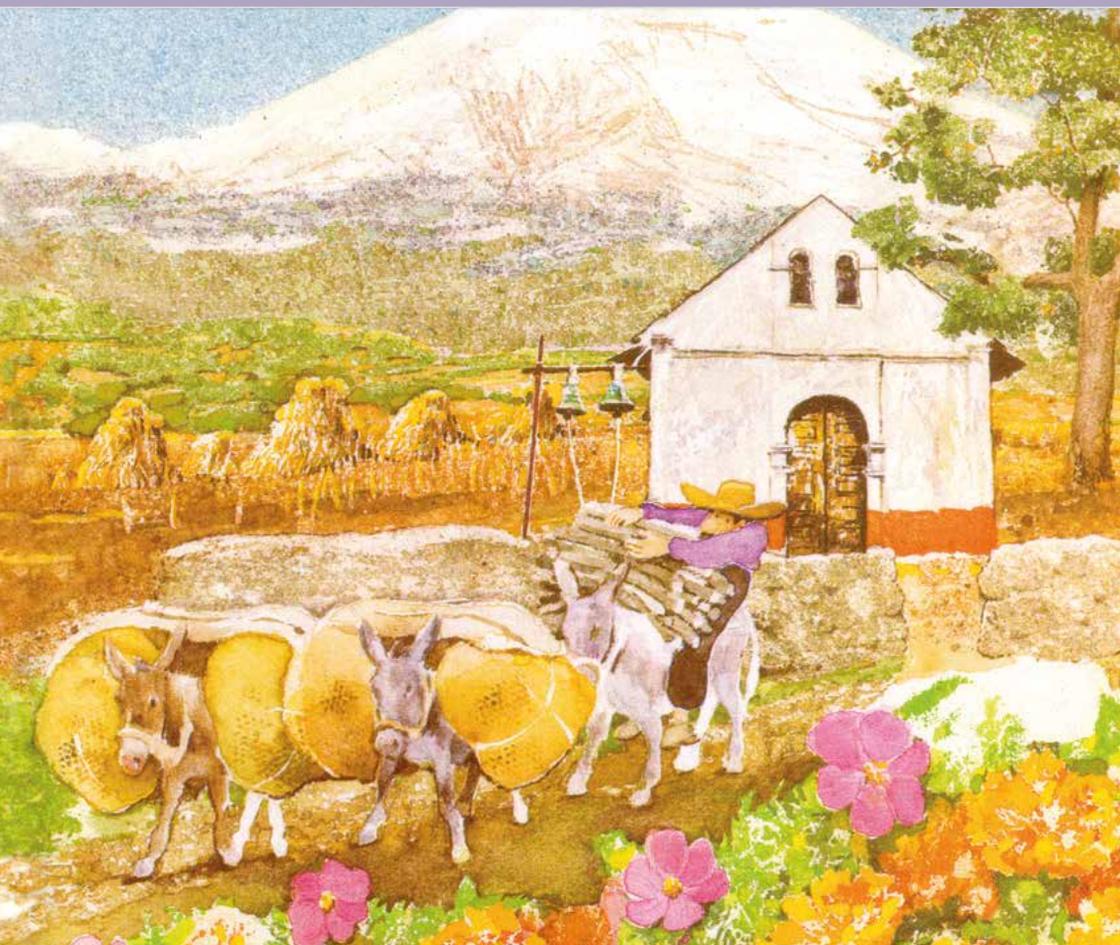
vo podía aprender de aquí y allá, y ni hablar de lo preguntona que era: por qué esto, por qué lo otro, hasta que, claro, se cansaban de mí y me decían “Estate quieta, Juana”.

Mi casa era grande, muy bonita. Tuve la suerte de ser nieta de Pedro Ramírez de Santillana y Beatriz Rendón, los papás de mi mamá, quienes vinieron de España, de un lugar llamado Sanlúcar. Y como nos tocó vivir la época en que España



se hacía cargo de lo que tú conoces ahora como México —que en ese entonces se llamaba Nueva España— y los reyes daban facilidades a los señores para venir y hacer negocios acá, pues viajaron hasta estas tierras y pudieron comprar la hacienda grande de Panoaya, donde yo nací y crecí.

Pues por mucho que desde entonces me lo dijeran, ya ves que no hice caso y no me estuve nunca quieta. A los tres años andaba corriendo por todas



las habitaciones de la hacienda y me gustaba esconderme tras las cortinas de manta bordada.

Una tarde, enredada entre los cortinajes de la sala de libros, escuché a la maestra de María, mi hermana mayor, decir cosas sobre unos barcos de Grecia que invadirían Troya. Al tiempo que escuchaba imaginé lo que mi abuelo tanto contaba del mar: sus olas, su movimiento y los miles de barcos llenos de soldados que la maestra decía. Mi correría se detuvo de golpe.

¿Qué misterios escondía la historia que allí estaban contando? Me emocionó por completo lo que oí, y al asomarme sin que nadie me descubriera —yo no tenía permiso de estar en ese lugar— vi que aquello que escuché lo leían de un libro grande de tapas de cuero y decoración dorada. Imitando a los tlacuaches que esperaban quietos a las gallinas del corral, esperé sin hacer ruido, enredada en la cortina, a que las demás se fueran.

Aunque las velas de la sala ya estaban humeantes y apagadas, abrí ese libro grande que dejó la maestra sobre la mesa pequeña, y como un cofre lleno de oro y joyas finas las palabras brillaron

fascinantes sobre mi rostro. Quería saber, y pronto, qué decían esas figuras como plumas de pavorreal enlazadas unas con otras.

Salí corriendo para pedirle, no, pedirle no, rogarle a mi abuelo, a mi mamá y hasta a los criados —quienes me vieron con cara de loca— que me enseñaran a leer, que me dejaran tomar clases con esa maestra que le enseñaba tantas cosas a María.

—Estate quieta, Juana —me dijeron todos, pero no me “estuve”. Molí tanto a todas horas que, al final, mi abuelo, que era bueno como el pan de yema que hacía la mulata que nos cuidaba, aceptó.

—Ándale pues, puedes ir a la clase con María, pero sin molestar ni decir nada.

Ya les dije que en esa época no era lo mismo. A las mujeres no se nos permitía aprender muchas cosas. Había escuelas llamadas *Amigas*, donde algo se enseñaba de aritmética, costura y catecismo, y a la que más tarde, claro, tuve que ir.

Pero yo quería saber de los griegos y sus barcos, muchas más cosas. La maestra de María era buena, nos leía cosas muy interesantes, pero cada tanto paraba e insistía sobre las lecciones de cómo

tomar el vestido al levantarnos, o para dónde había que mover el abanico cuando hacía calor.

Aceptó enseñarme las letras, yo creo, porque también la machaqué hasta el cansancio; pero en apenas dos meses yo estaba ya leyendo solita. Medio lento, pero solita.

Pronto la maestra comenzó a ponerme más atención a mí que a mi hermana y eso enojó a María, así que un día le pidió al abuelo que ya no me dejara entrar a sus lecciones. Me regañaron y castigaron y mamá me prohibió volver con la maestra. Pero eso no me entristeció tanto porque ya sabía leer.

Esa noche, a escondidas, tomé un libro de la biblioteca. Era un volumen de Platón. Y cuando todos estaban ya en sus habitaciones, con las velas apagadas y roncando el último o el primer sueño, no sé, encendí un pabilo al lado de mi ropero labrado y comencé a leer.

¡No sé cómo hay gente que dice que la magia no existe! Esa noche, en mi lectura, vi claritas las imágenes de Grecia, de Sócrates hablando, con su túnica blanquísima y sus barbas de sabio, diciéndome cosas maravillosas sobre la belleza, la vida, la razón.

Toda mi habitación —a pesar de los ronquidos de la nana— se volvió espacio de aquellas voces reveladoras; a la luz de la vela llegó el sol y esa mañana sentí que el conocimiento había dejado en mí algo que era para siempre; una cicatriz como cuando te pinchas la piel con la espina del nopal.

Empezaba la primavera de 1656 y yo no había parado de leer desde que aprendí. Tampoco, ya lo saben, me había estado quieta.

Salía con la nana a caminar al jardín. Ella me hacía preguntas sobre religión mientras paseábamos y yo respondía lo que sabía, pero también con ideas de los griegos y los latinos, con fragmentos de poemas de Góngora u otros españoles que me tenían loca:

Varia imaginación que, en mil intentos,
A pesar gastas de tu triste dueño
La dulce munición del blando sueño,
Alimentando vanos pensamientos¹

¹ Fragmento de Góngora, 1654.

Y la pobre Nana, paciente, sólo se persignaba mirando al cielo, pidiendo más paciencia para no terminar ahorcándome. Volvíamos al casco de la hacienda cantando villancicos. Cuando llegamos todo estaba en silencio y supe que algo andaba mal. Esa tarde murió mi abuelo.

Les contaré algo que quiero que se quede entre nosotros. Nada me ha entristecido tanto como la muerte de mi abuelito, quien siempre fue mi mejor amigo, me entendía muy bien. Sin embargo, al saber que me había heredado su biblioteca gigante, no podía dejar de sonreír. Juro que no soy mala persona, pero entre lágrima y lágrima se me escapaba una cara de felicidad. Ahí supe que uno puede sentir muchas cosas al mismo tiempo.

Cuando cumplí los trece años ya había leído casi toda la biblioteca del abuelo y hasta otras cosas que de vez en cuando me traían de España o de la capital.

Mi mamá soñaba con que perteneciera yo a la corte del virrey, y esa idea me gustó, sobre todo porque eso podía significar que en el palacio, en la ciudad, hubiese libros nuevos que descubrir.



de Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, a los 15 años de su edad, q^o habiendo entrado en la Corte del Virrey de Toledo, Marqués de Mancera; fue puesta a prueba su prodigiosa inteligencia, sustentando un examen ante el Sr. Fr. Juan de Palafox, Obispo de Compostela, y el Sr. Fr. Juan de Palafox, Obispo de Compostela, en San J. de los Rios, Año de 1690.

Entonces no sólo accedí, sino que insistí. Y ya saben cómo soy cuando algo se me mete a la cabeza. Pero el asunto no era cosa fácil.

La esposa del virrey tenía unas damas de compañía que se ocupaban de atender cualquier conversación, respetuosamente, con los modos y costumbres de la época que eran mucho más cuidados que hoy. Y yo, si bien sabía algo de muchas cosas, a veces no me comportaba muy bien que digamos.

Como había muchas muchachas que también querían ser damas de la virreina, llegado el día tuve que hacer un examen. Se juntaron varios señores que sabían mucho, y sacerdotes, y gente de la casa del virrey y me pusieron en medio de un salón muy grande. Para esa ocasión mamá mandó traer un vestido verde como las esmeraldas, con listones del color del oro de las reales minas de Zacatecas. Y pues claro que me puse muy nerviosa. Nunca había tenido que demostrar cuánto sabía y menos responder preguntas de gente que, casi seguro, sabía más que yo. Pero al final pasé.

¿Se acuerdan de eso que me pasó al leer por primera vez a Platón? Pues en el examen me ocurrió

casi lo mismo. Cuando respondía lo que me preguntaban se me borraba el salón y sus candiles, y los bigotes y lentes de los señores que estaban ahí. Aparecían los números bailando, los sonetos de Góngora, los blancos y enormes edificios de la Grecia antigua, sus filósofos e historiadores, dioses y titanes, ayudándome todos a responder. Y desde ese día viví en casa del virrey, como dama de la virreina.

Fueron tiempos muy felices para mí. Cómo no iban a serlo, si estaba rodeada de gente que sabía conversar y tenía acceso a nuevos y muchos libros.

La virreina me quería mucho y pronto fui una de sus damas consentidas. Pienso que sobre todo porque no me quedaba callada, preguntaba sin miedo y decía sin miramientos aquello que me parecía mal.

Usando el favor de su preferencia, pronto me atreví a pedir que me dieran permiso de leer libros que estaban reservados a los hombres. Todos se escandalizaron ante mi petición, desde luego.

A veces, a solas, cuando pensaba en mi madre, yo solita me decía: “Estate quieta, Juana”. Pero

biblioteca de señores. Parece increíble para aquellos tiempos, pero pude conseguirlo. Y es que había libros que a las mujeres nos estaban por completo prohibidos. Ya les dije que eran otros tiempos.

En la calle, por ejemplo, no había pavimento como hoy, los coches eran carretas y carrozas tiradas por caballos. Había distinciones de castas, un principio que no nos dejaba ser a todos iguales. Para lavarnos las manos había que llenar vasijas de cerámica y el jabón era hecho de yerbas. Ni pensar en comprar cosas en tiendas como las compran ustedes ahora. Todo era distinto, y las mujeres no teníamos derecho a casi nada, ni hablábamos, ni se nos permitía opinar. Y los sanitarios... bueno, eso mejor no se los cuento.

Pero de todas las cosas que eran distintas en ese entonces, ninguna me causaba tanta molestia como el que a las mujeres no nos permitieran ir a la universidad. Ese espacio tan maravilloso, lleno de gente que sabía tantas cosas y quería aprender más, lleno de libros traídos de quién sabe qué otros rincones del mundo, era un lugar prohibido para las mujeres.

No me voy a poner a discutir ni los voy a aburrir con mis ideas sobre por qué eso estaba mal y no debería volver a pasar en ningún lado. Me concentraré en contarles cómo, animada por mi triunfo ante la “biblioteca de varones” de la casa del virrey, comencé a fraguar en mi cabeza un plan para ir a la universidad y aprender lo que los hombres sí podían, para ponerlo en práctica, pero desde la mirada de las mujeres.

Lo primero que tenía que hacer era prepararme y saber mucho más de lo que ya sabía, pero eso era, modestia aparte, bastante fácil. Porque sin ánimo de presumir, de todas las damas de la virreina yo era quien más había leído. Y sabía leer y escribir en latín y hasta algo de griego. Entonces, con *El alma inquieta*, como la había tenido siempre, me puse a planear mi siguiente travesura.

Como para entonces yo ya me llevaba muy bien con la virreina, y además la quería casi como a mi mamá, le conté lo que quería hacer: ir a la universidad. No pueden imaginarse la cara que puso. Todavía me acuerdo y me da risa. ¡Pero lo que me dijo sí que se imaginan!

—¡Estate quieta, Juana!

Me explicó que eso era demasiado, incluso para alguien como yo. Dijo que todo tenía un límite y que yo, como mujer educada, debía saberlo. Pero yo no aceptaba límites en el asunto del saber. ¡Ninguna mujer debe aceptarlos! Y no es que yo quisiera saber más, sino que quería ignorar menos. Cuando se lo dije así, se me ocurrió una idea que después de muchos años se convertiría en uno de mis más famosos poemas:

Yo no estimo tesoros ni riquezas;
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi pensamiento
que no mi pensamiento en las riquezas.

La virreina trató de convencerme de que no era necesario saberlo todo. O saber más. Que me conformara con lo que ya sabía y disfrutara de mis privilegios de vivir con ella en casa del virrey.

—Haz felices a tus padres siendo una muchacha de bien —me decía, dándome el mejor de los consejos posibles.

Pero yo, ya saben, más inquieta. Y es que desde aquella noche en que vi a los ojos a Platón en la habitación de la hacienda de Panoaya, me había jurado no parar en esta misión autoimpuesta de ignorar lo menos posible de este maravilloso mundo.

Por aquellas fechas había empezado a hacer mis primeros ejercicios de escritura. Poemas, cartas, canciones. Había ido descubriendo que otra forma de aprender era plasmar en papel los pensamientos.

En el ejercicio de escribir descubrí que no se trataba de demostrar cuánto se sabe, sino de encontrar la posibilidad de un diálogo con una misma y esclarecer ideas, llegar más al fondo del pensamiento.

En la Nueva España había un dicho: “Nada vale tanto la pena como para perder la cabellera”. Pero a mí, que me gustaba llevar la contraria, reflexionando en ese dicho popular, me vino la idea de que si quería estudiar la universidad tendría que hacerlo en los términos que me daban. Y en vez de convencer al mundo de que dejaran asistir a una mujer a las clases de la Real Universidad, decidí convertirme en hombre.

Me bastó, aunque no fue fácil, convencer a mi mamá y a la virreina. Y entonces me hice de unas ropas que habían sido de mi abuelo, y sabiendo que nada valía más la pena que saber un poco más o ignorar un poco menos, corté mi cabellera y me convertí, al menos en apariencia, en un hombre dispuesto para la universidad. Se los cuento ahora y me sigue dando risa. Pero no crean que todo pasó sin riesgos. Si la historia de mi vida tiene un momento de peligro es éste. Porque habrán de suponer que a algo me arriesgaba.

¿Alguien les ha contado que, en esos años de 1600, en la Nueva España, si te sorprendían yendo en contra de las normas y principios que la Corona y la religión mandaban, podías ser condenado hasta a morir en la hoguera? Pues se los cuento yo ahora para que entiendan que aquella hazaña significaba un riesgo mucho mayor que sólo perder las mechas del cabello.

Pues fui aceptada en las clases que solicité. Perdón, quise decir *aceptado*. Pero lo difícil no fue entrar ni entender lo que en las aulas se decía. La

verdadera aventura estaba en no ser descubierta, en salir entera de aquellos días.

Ya sé que este capítulo de mi vida se parece más a las historias que ustedes leen ahora, donde hay espías y todo eso. Pero también mi vida estuvo en peligro, sólo que fue por salvar el conocimiento.

Una de esas mañanas en que contemplaba absorta/absorto, es decir, atenta, la luz sobre las buganvillas de los pasillos en la universidad, un muchacho salió a mi paso para preguntarme por Catulo. Nuestra plática se alargó y terminamos hablando de poesía, y si se habla de poesía, se habla del amor.

Y en ello, cándido y un poco irrespetuoso, preguntó si había yo estado enamorado y cuáles eran aquellas cualidades que de la mujer me sorprendían. ¿Sorprender?, pensé. ¡Nada me ha sorprendido más que esta pregunta! E incapaz de articular palabra, corrí lejos de ahí, con los cachetes colorados de vergüenza y los zapatos de hombre, que me quedaban grandes como una chinampa con una sola flor sembrada, tropezando durante mi escape.

Y aunque aquel encuentro me asustó lo suficiente como para abandonar la universidad, lo que me dijo el muchacho me dejó pensando y creí que podía escribir un poema sobre aquello que de la belleza de las mujeres me sorprendía:

Cóncavo es, breve pira, en la barba,
 pórfido en que las almas reposan;
 túmulo les eriges de luces,
 bóveda de luceros las honra.
 Tránsito a los jardines de Venus,
 órgano es de marfil, en canora
 música, tu garganta, que en dulces
 éxtasis aun al viento aprisiona.

En el calendario corría el año de 1668 y yo, como la mayoría de las chicas de mi época, tuve que decidir qué quería hacer con mi futuro. Yo ya sabía qué buscaba; lo supe desde los ocho años cuando leí el libro que robé de la biblioteca de mi abuelo: yo quería saber, dejar de ignorar.

Pero había dos escasas cosas a las que nos tenían destinadas a las mujeres: casarnos o ser monjas.





Casarme significaba cumplir tareas que, aunque no me eran ajenas, consideraba yo que me apartaban bastante del verdadero y único placer que en la vida yo tenía: leer y escribir. O sea, aprender.

Puesta a escoger entre un lugar silencioso en el que podría estarme todo el tiempo al lado de mis libros y ejercitar la tarea de entrenar el pensamiento, o cuidar del orden de una casa, adivinen cuál escogí. ¿Ustedes qué habrían hecho?

Los que me conocían pensaron que aquella decisión estaba bien. Que a ver si así, de una vez por todas, Juana Inés se estaba quieta. Pero hay cosas que no cambian por más que una quiera. Desde el primer día en el convento de las monjas jerónimas dicen que fui un dolor de cabeza para la madre superiora y para mis hermanas que,

aunque me tenían paciencia y cariño, se desesperaban igual que antes mi nana, mi abuelo y mamá.

Mi afán por aprender no tenía límites y reté más de una vez la norma establecida. Pero no es que fuera una rebelde sin causa, sino que me parecía injusto que los hombres pudieran acaparar el saber. Y contra ello puse mi empeño.

Seguí escribiendo poemas, sonetos, liras y villancicos. Y aunque mis escritos complacían a monjas y obispos casi siempre, muchas veces me reprendieron por escribir y decir cosas que no eran apropiadas para una mujer. ¡Menos para una monja!

Mientras mis hermanas del convento cocinaban, y como a mí eso de los trastos y las masas no se me daba bien, la madre superiora me dejaba salir al jardín para pensar. Y entre las hojas de las plantas que con afán cuidaban dos monjitas muy viejas, se me ocurrió que debía discutir a profundidad con el obispo de Puebla asuntos en los que me parecía que no sólo estaba bastante equivocado, sino que cometía serios atropellos a la razón. Pero, otra vez, yo era solamente una monja y no me tenían para aquello.

Por fortuna ya estaba entrenada en el arte de fingir ser otra persona, recuerden que por un tiempo fui hombre. Así que temeraria, comencé a escribir una carta, quizá la más famosa de todo lo que dejé escrito. Tristemente famosa, digo yo, porque le debe su fama al hecho de haber sido escrita bajo un seudónimo refutando ideas a una autoridad, más que por los propios méritos del pensamiento anotado en la carta. Claro: hablo de la *Respuesta a sor Filotea*, que bien pueden ustedes encontrar y leer si les interesa.

Pues en aquel convento viví, quizá, los mejores años de mi vida, siempre bajo el abrigo de los virreyes. Tuve muchos privilegios que otras hermanas no tenían: libros, salidas del convento para discusiones literarias...

¡Ah, por cierto!: conocí al señor Sigüenza y Góngora, quien, no sin sonrojo, se declaró admirador de mis sonetos barrocos, y a quien yo le confesé también mi profunda admiración por lo que él escribía.

Cuando una mujer como yo escribe, tiene la esperanza de que alguien más la lea; y en esos tiempos era muy difícil no sólo porque en general la

gente no leía —cosa que se parece mucho a estos tiempos de ustedes ¿verdad?—, sino porque para nosotras las mujeres era difícil llegar al interés de las imprentas del virreinato.

No sé bien cómo le hice ni por qué tuve tanta suerte. El caso es que, desde mi infancia en la hacienda, allá en Nepantla, en la casa del virrey o en el convento de las jerónimas, donde me quedé el resto de mi vida, siempre tuve libros y personas con las cuales discutir y de los cuales aprender. Y eso, para mí, fue la felicidad.

Pero les confieso algo: me asombra todavía que esa suerte, combinada con un poquito de inquietud de mi parte, no solamente propició para esta humilde monja, de nombre Juana Inés, muchas horas de felicidad, sino que también abrió camino a un sinnúmero de mujeres que, aunque a paso lento, pero con firmeza, han ido escribiendo la historia de las mujeres de este país.

Yo anduve correteando todavía muchos años más por las habitaciones del convento. Y devoré libros, y me escondí tras las cortinas, y pensé muchas

cosas y escribí mucho de lo que pensaba. Pero en 1695, un 17 de abril para ser exacta, una enfermedad llamada tifus trajo hasta mí la muerte.



¿Y qué creen? ¡Que ni eso me detiene todavía!
Pues ya ven: contándoles yo a ustedes aquí ando de mi vida; y estudiosos y estudiantes, caminando, encuentran nuevas cosas en las cosas que escribía.



IDENTIFICACIÓN DE IMÁGENES

Página 10-11 y 20, ilustraciones de Bruno González, *Sor Juana Inés de la Cruz*, México, INEHRM, 1992.

Página 17, Jorge Sánchez, *Sor Juana Inés de la Cruz a los 15 años* (detalle), óleo sobre tela. Colección Bodegas del Molino, Puebla, Pue. (Colección particular). Imagen tomada del libro: *Sor Juana Inés de la Cruz, Carta de Serafina de Cristo 1691*, edición facsimilar, Toluca, Gobierno del Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1996.

Páginas 28-29, Goni, Juana de Asbaje, 13.8 x 15.2 cm, grabado. Archivo Gráfico de *El Nacional*, Fondo Gráfico, INEHRM.

Página 32, Miguel Cabrera, Retrato de *Sor Juana Inés de la Cruz*, óleo sobre tela, siglo XVIII, Museo Nacional de Historia. INAH. Secretaría de Cultura.

Página 34, Fama y obras póstumas del fénix de México. Décima Musa, poetisa americana, *Sor Juana Inés de la Cruz...* Imagen tomada del libro: Carmen Saucedo Zarco, *Sor Juana y Carlos de Sigüenza. Una amistad entre genios*, México, Lumen-Conaculta, 2007.





Estate, Juana

fue editado por el

INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.

Se terminó en la Ciudad de México en abril de 2020,
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena,
a 325 años de la muerte de Sor Juana Inés de la Cruz.

-**E**state quieta, Juana.
Estoy segura de que esa fue la frase que más escuché desde mi infancia. Todos dijeron siempre que era yo muy inquieta. Y en la época que me tocó vivir, peor si eras mujer.

A los tres años, Juana ya sabía leer y a los siete pedía que la enviaran a estudiar a la Universidad. Sor Juana leyó mucho durante toda su vida, tanto autores clásicos romanos y griegos, como españoles.

Decidió entrar al convento ante la negativa que sentía por el matrimonio y esperando así seguir con sus estudios y la escritura. Dentro de su espaciosa celda llegó a tener una biblioteca de más de cuatro mil volúmenes; instrumentos musicales, mapas y aparatos de medición. Tuvo conocimientos en astronomía, matemáticas, lengua, filosofía, mitología, historia, teología, música, pintura y cocina; esta última fue una de sus disciplinas favoritas.

Durante mucho tiempo, Sor Juana disfrutó de la independencia intelectual que le permitía la vida conventual, hasta que escribió una carta en la que criticaba el sermón de un influyente teólogo jesuita de la época. Esta crítica tuvo consecuencias muy duras para ella y fue obligada a deshacerse de su biblioteca, sus instrumentos musicales y matemáticos, y a dedicarse exclusivamente a las tareas del convento, como cualquier otra religiosa.

Sor Juana murió el 17 de abril de 1695, contagiada de la epidemia de tifoidea que azotó al convento de San Jerónimo, en la Ciudad de México.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

